

RUSSELL P. SEBOLD. *Concurso y consorcio: letras ilustradas, letras románticas*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2010, 270 pp.

En la misma editorial, Ediciones Universidad de Salamanca, en la que ya se habían publicado *La perduración de la modalidad clásica*, *La novela romántica en España* y *Ensayos de meditación y crítica literaria*, se edita un nuevo volumen de Russell P. Sebold, *Concurso y consorcio: letras ilustradas, letras románticas*. Si a estos cuatro títulos, aparecidos en la última década, añadimos los otros dos libros, también recientes, que figuran en la editorial Cátedra, puede decirse, sin temor a excederse en el elogio, que sus obras son las que están más presentes en los virtuales escaparates de las librerías especializadas en filología hispánica. Síntoma manifiesto del aprecio en que se tienen sus investigaciones y del valor consolidado del que gozan sus teorías e interpretaciones. Porque, en efecto, todos

sus trabajos están articulados de forma que den respuesta a cada una de las exigencias de este necesario tríptico: rigor investigativo, sólido apoyo teórico y bien elaborada interpretación. Sin abandonar nunca, pues, el cuidado de estos tres pilares, se ha adentrado en cuestiones muy dispares, manifestando así que se puede acotar una época para especializarse, sin por ello reducir el campo de autores, estilos y perspectivas de enfoques.

Los estudiosos de los siglos XVIII y XIX saben muy bien hasta qué punto sus lecturas son deudas de los pasos previos dados por el profesor Russell P. Sebold para darle un sentido orgánico y comprensible a los movimientos literarios que enlazan esas dos centurias. En las estribaciones del Neoclasicismo, la Ilustración y el Romanticismo pululaban figuras y obras importantes, pero, con frecuencia, aisladas y de difícil clasificación. Por eso, pedían una mirada docta, que desde arriba las articulara por medio de unos criterios que permitiesen confrontarlas debidamente. En el establecimiento de esos nuevos criterios valorativos, desde hace ya varias décadas (es decir, desde que publicara *El rapto de la mente. Poética y poesía dieciochesca* y *Trayectoria del romanticismo español*) la visión interpretativa de Sebold ha sido decisiva, con la incorporación del concepto de «evolución continuada» para dar cuenta de los cambios y fecundaciones que se llevan a cabo entre géneros, tendencias y movimientos. Y debe reconocerse que bien para estar de acuerdo, o bien, en muchos menos casos, para disentir, las referencias bibliográficas que marcan la época —que se extiende entre 1750 y 1850— son esencialmente seboldianas. Porque él fue el primero que tuvo la intuición y el atrevimiento de tender puentes entre dos siglos separados por la tradición académica y por el ingenio artificioso que impone el calendario. Y, además, porque ha justificado, con sus investigaciones, día tras día, artículo tras artículo,

lo bien fundado de sus teorías iniciales. Se podría decir, pues, que gracias a sus interpretaciones, dos siglos que estaban separados por la cronología de la historia, pasaron a estar literariamente conectados. Así, ha sabido mostrar como muchas manifestaciones románticas fueron consecuencia de la evolución paulatina del Neoclasicismo. E, igualmente, como el gusto, la sensibilidad, la sensualidad atraviesan las rígidas fronteras de un aparente cambio de siglo y determinan y establecen paralelismos entre obras y autores que los esquemas escolares habían distanciado y colocado en marcos estilísticos muy diferentes.

A este respecto, *Concurso y consorcio* está en la misma línea de las propuestas habituales en los volúmenes anteriores de Russell P. Sebold. Responde al mismo modelo de breves monografías (una veintena de páginas) centradas en una cuestión siempre llamativa y palpitante: tienen suficiente sentido por sí mismas, pero al encajarlas dentro de la exposición reflexiva general del libro, se complementan, y permiten comprender mejor la teoría subyacente en todas ellas. Además, el conjunto está dividido en dos partes (en función de los clarificadores enfoques siempre usados por el autor) y las veinte aportaciones son acogidas bajo dos epígrafes ya de por sí muy cargados de significación: el primero, «Ilustración y evolución» (1. Aquel extraño paréntesis entre los siglos XVII y XIX. Reminiscencias de un dieciochista impenitente, 2. «Por polvo, sangre, fuego, horror y muerte»: las postrimerías del hombre en las páginas de Cadalso, 3. Cadalso en los grillos de su escritura, 4. Ilustración y toros: Nicolás Fernández de Moratín, 5. El don de gentes, de Iriarte: fuente, costumbrismo y figurones, 6. La génesis del drama romántico); el segundo, «Romanticismo y exaltación»

(7. Nuevos Cristos en el drama romántico español, 8. Pastor Díaz, poeta del vacío y del desamor, 9. Dolor oculto y culto de la risa en la «Canción del pirata», 10. Criminal sin delito: «El verdugo», de Espronceda, 11. Misoginia y exculpación: el Canto a Teresa, 12. Teresa, idea fija de Espronceda (en la estela del Canto a Teresa), 13. Espronceda y la maldición del romanticismo. Orígenes y poética del «fastidio universal», 14. «Raza de ateos». La generación romántica de 1840, 15. Zorrilla en sus «Orientales»: sentido histórico y arte, 16. Zorrilla en sus leyendas fantásticas a lo divino, 17. Fernán Caballero: entre cuento y cuadro de costumbres, 18. El aliciente de las novelas cursis. Ejercicio sano para críticos hastiados, 19. La rima V de Bécquer en segunda persona. Una fuente nueva, 20. «El rayo de luna», de Bécquer: filosofía lacrimosa y fuentes).

La cita completa de los títulos de cada uno de los trabajos permite calibrar la amplia gama de intereses que moviliza a Sebold. Lo significativo no es el rango literario de los autores convocados: han sido elegidos porque algún aspecto de sus obras le ha servido para sacar a relucir y plantear un problema determinante de la época analizada. Y esta es otra de sus grandes aportaciones: leer su libro es tanto como recorrer el largo repertorio de conflictos y aventuras en que se debatieron tanto los neoclásicos como los románticos españoles. Pero para llevar a efecto ese despliegue de pugnas y debates, ya no es suficiente con un amplio conocimiento de la literatura, hace falta recurrir a otros mundos culturales, por los que nuestro autor se adentra con bien adquirida naturalidad. Por eso sus escritos desprenden a la vez rigor y sabiduría.

Alberto González Troyano